

Una enseñanza paradigmática. El magisterio de Ortega en la obra de Lorenzo Luzuriaga

Introducción de **Paolo Scotton**

ORCID: 0000-0002-3553-8076

La extensa obra de Lorenzo Luzuriaga Medina (1889-1959) constituye un claro ejemplo de cómo el magisterio orteguiano ha sido capaz, más que de reproducirse a sí mismo en el trabajo de sus amigos y alumnos, de incitar al desarrollo autónomo del pensamiento sobre cuestiones que, aún brotando de un mismo terreno, han desembocado en perspectivas originales sobre ámbitos del conocimiento distintos.

El encuentro de Lorenzo Luzuriaga con un entonces muy joven Ortega produjo una fecunda colaboración que se centró en particular sobre la cuestión de la renovación educativa en España. De la contribución orteguiana, tanto teórica como práctica a esta cuestión, queda constancia en los escritos que se presentan a continuación. El primero, “Las fundaciones de Ortega y Gasset”, más bien que el recuerdo de un anciano y aficionado discípulo hacia su desaparecido amigo es un artículo que representa el intento de ofrecer una interpretación unitaria y sistemática de toda la vida intelectual de Ortega, de darle sentido a la luz de un camino común trazado con métodos distintos pero a partir de análogas inquietudes. El mismo año, 1957, en el que fue invitado por la Universidad de Caracas a rendir homenaje a Ortega y Gasset, Lorenzo Luzuriaga publicó además un pequeño librito titulado *La educación de nuestro tiempo*. En aquel entonces, el pedagogo español ya llevaba más de veinte años en el exilio y hacía poco que había sido nombrado titular de la cátedra de Historia de la Educación y de la Pedagogía en la Universidad de Buenos

Cómo citar este artículo:

Scotton, P. (2016). Una enseñanza paradigmática. El magisterio de Ortega en la obra de Lorenzo Luzuriaga. *Revista de Estudios Orteguianos*, (32), 159-179.
<https://doi.org/10.63487/reo.338>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 32, 2016
mayo-octubre



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Aires. Este nombramiento llegó después de una peregrinación intelectual muy larga, la cual, sin embargo, fue particularmente densa de publicaciones, reconocimientos y docencia en distintas universidades de Reino Unido, Chile y Argentina¹. Se trata de las dos últimas obras escritas por Luzuriaga –después de estos dos textos y antes de su muerte solo publicó *La ILE y la educación en España* (1957), un libro a su vez caracterizado por la voluntad de restituir la dignidad al legado de una institución tan importante y actual por la renovación cultural de España como vilipendiada a partir de la llegada al poder del régimen franquista². *La educación de nuestro tiempo*, tanto por su carácter sistemático como por sus indicaciones normativas, revela de manera muy evidente las intenciones que animaron a Luzuriaga en su tarea educativa hasta el final de su vida: su ininterrumpida voluntad de teorizar y poner en práctica una educación a la altura de los tiempos. Por estas razones el libro ha sido apropiadamente definido como una “pequeña obra cuasi testamentaria”³. En ello es posible identificar algunos de los rasgos principales que animaron la amplia reflexión del pedagogo de Valdepeñas acerca del papel social de la educación, los cuales ya vislumbraban en los numerosos artículos periodísticos que escribió durante su mocedad, recogidos en *Ensayos de Pedagogía e Instrucción Pública* (1920)⁴.

¹ Sobre el periodo de su exilio en el Reino Unido véase en particular Christopher COBB, “Lorenzo Luzuriaga: el camino del exilio de Glasgow a Tucuman. La desilusión de un liberal”, *Historia Contemporánea*, 17 (1998), pp. 455-472. En relación a la época de su exilio argentino, sobre la que todavía hay escasos estudios, véase Herminio BARREIRO RODRÍGUEZ, “Lorenzo Luzuriaga: una biografía truncada (1889-1959)”, en J. A. DÍAZ LÓPEZ (coord.), *Castellanos sin mancha: Exiliados castellanos-manchegos tras la Guerra Civil*. Madrid: Celeste Ediciones, 1999, pp. 31-42 y Teresa GONZALES PÉREZ, “Il rinnovamento pedagogico in Spagna: Lorenzo Luzuriaga difensore della «Scuola Nuova»”, *Formazione e Insegnamento*, 1 (2011), pp. 69-83; en particular, pp. 78-80.

² Uno de los ejemplos más significativos de la persecución ideológica de la ILE durante el primer franquismo es sin duda el libro AA.VV., *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*. San Sebastián: Editorial Española, 1940. Como ha escrito Antonio VIÑAO, “Reformas e innovaciones educativas en la España del primer tercio del siglo XX. La JAE como pretexto”, *Revista de Educación*, número extraordinario 2007, pp. 20-44, el régimen “convertía a la Institución Libre de Enseñanza (ILE) en el chivo expiatorio al que atribuir todos los «males» de la educación republicana”, *ibidem*, p. 22. El mismo Luzuriaga era consciente de esta sistemática obra de deslegitimación de la Institución, y por esta razón consideró útil su intervención con este libro: “Si de ordinario es difícil el estudio objetivo de una situación o institución recientes, lo es doblemente en el caso actual, por el apasionamiento que ha suscitado esta institución, y que se ha traducido en una persecución sin iguales”. En Lorenzo LUZURIAGA, *La ILE y la educación en España*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1957, p. 9.

³ Herminio BARREIRO RODRÍGUEZ, *Lorenzo Luzuriaga y la renovación educativa en España (1889-1936)*. A Coruña: Ediciós do Castro, 1989, p. 196.

⁴ Sobre la importancia de la labor periodística de Luzuriaga, que escribió y colaboró con Ortega en particular en la revista *España y El Sol*, véase Adalberto FERRÁNDEZ y Ángel Pío

Antes de detenernos en los detalles de los dos escritos de 1957 y comprender en qué medida en ellos se manifiesta la presencia activa e innovadora, no solo receptiva o repetitiva del pensamiento y del magisterio orteguiano, es necesario trazar un breve recorrido de la aportación de Luzuriaga a la modernización de la educación española.

Ya durante sus primeros años de formación en la Escuela Superior de Magisterio de Madrid Lorenzo Luzuriaga tuvo la oportunidad de interesarse muy de cerca por los problemas educativos gracias al influjo de la enseñanza recibida por algunos de los grandes maestros de la renovación pedagógica en España como Manuel Bartolomé Cossío, Francisco Giner de los Ríos y el mismo Ortega. A partir de estos encuentros, Luzuriaga maduró un creciente interés por la educación que le llevó a traducir, ya desde 1911, los escritos de algunos de los pedagogos alemanes más influyentes dentro de aquel movimiento en el que más tarde él mismo participó y al que dio un gran impulso en su propio país: la Escuela Nueva. Su empeño teórico se entrelazó y vivificó siempre a través de una intervención concreta en las esferas de la instrucción, de la comunicación científica y de la política, respectivamente. Ya desde muy temprano esta última pasión se reveló como crucial por la evolución de su pensamiento. Como bien es sabido, Luzuriaga presentó en 1918, durante el XI Congreso del PSOE, una ponencia titulada “Bases para un programa de instrucción pública” en la que intentó definir las directrices educativas del partido. En el ámbito de la comunicación científica, su empeño de divulgación alcanzó el culmen durante el periodo de la publicación, a partir de enero 1922, de la *Revista de Pedagogía*. Junto a su mujer María Luisa Navarro, Luzuriaga fue director de esta revista desde el primero hasta el último número, publicado en 1936. Fue este un proyecto de tipo cultural, y un intento de colaborar en la construcción de una sensibilidad colectiva hacia los problemas educativos dentro de la opinión pública; un proyecto que por lo tanto no obedecía a intenciones meramente académicas. La finalidad de la revista, declarada en su volumen inaugural, era: “reflejar el movimiento pedagógico contemporáneo y, en la medida de sus fuerzas, contribuir a su desarrollo”⁵. Junto a este

GONZÁLEZ, Lorenzo *Luzuriaga. Aportación periodística (1917-1921)*. Ciudad Real: Diputación de Ciudad Real, 1988.

⁵ Lorenzo LUZURIAGA, “Editorial”, *Revista de Pedagogía*, 1, enero 1922. Para una comprensión de la importancia de la revista y de su línea editorial dentro del contexto universitario y cultural español, véase en particular E. NICOLICH, *Índice de la Revista de Pedagogía 1922-1936*. Pamplona: Eunsa, 1983 y, del mismo autor, “La Revista de Pedagogía: 1922-1936”, *Revista Española de Pedagogía*, 192 (1992), pp. 257-270. Más recientemente, la importancia de la revista ha sido subrayada de manera eficaz por Ángel CASADO MARCOS DE LEÓN, “Filosofía y educación en España: Luzuriaga y la Revista de Pedagogía”, *Bajo Palabra. Revista de Filosofía*, 6 (2011), pp. 53-62.

proyecto, el empeño político de Luzuriaga también se agrandó cada vez más en estos años hasta llegar al periodo de su mayor pujanza durante los años de la Segunda República. De hecho, sus *Ideas para una reforma constitucional de la educación pública* (1931) constituyeron la teorización más cabal y radical en materia educativa impulsada por los miembros de la *Agrupación al Servicio de la República*⁶, entre los cuales, como afirmó el mismo Ortega, estaba muy clara la necesidad de que la reforma política se acompañase de una previa reforma educativa⁷. Entre las ideas más influyentes de Luzuriaga y que formaran parte de la Constitución republicana, en particular en relación al artículo 48⁸, cabe destacar la importancia del Estado como principal agente en el campo educativo; la defensa de la escuela activa y única –según el ejemplo de los demás países europeos y entendida como el instrumento más apto para el desarrollo de la personalidad del alumno y para el crecimiento de la justicia social–; en fin, la gratuidad de la educación en todos sus grados: desde el jardín de infancia hasta la universidad.

El lector de la extensa obra de Lorenzo Luzuriaga no tendrá ninguna duda en reconocer cómo su labor fue llevada a cabo a través de una incesante confrontación con los textos de Ortega; nada de plagio, claramente, sino una reelaboración original de la obra de su maestro y amigo, la cual ha consisti-

⁶ Sobre la experiencia intelectual de la Agrupación véase en particular Margarita MÁRQUEZ PADORNO, *La Agrupación al Servicio de la República. La acción de los intelectuales en la génesis de un nuevo Estado*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2003. Luzuriaga expresó sus tesis en particular en *Ideas para una reforma constitucional de la educación pública*, recogidas en Herminio BARREIRO RODRÍGUEZ en *Sarmiento*, 2 (1998), pp. 228-235.

⁷ Muy significativo a este respecto es el discurso que el mismo Ortega pronunció en ocasión de su campaña electoral para las elecciones de 1931, en el que el empeño político se une muy estrechamente con la necesidad de una educación de masas: “Dicen que a las masas no se les puede hablar de asuntos precisos y difíciles porque no los entienden. [...] Pero yo os digo lo siguiente: la idea más difícil del mundo cuando ha sido pensada por un hombre con plena claridad puede ser expuesta de manera que la entienda el entendimiento más humilde y el alma menos culta. Pero eso sí, la condición es que el que habla lo haya pensado antes de verdad y ponga luego un poco de amor y de entusiasmo para transmitirla al prójimo menos ilustrado. Porque la política democrática es algo que se hace con el pueblo, más por lo mismo, toda verdadera política democrática es, a la vez, educación y enseñanza del pueblo”, José ORTEGA Y GASSET, “Discurso en el teatro principal de León”, *Obras Completas*. Madrid: Taurus / Fundación José Ortega y Gasset, 2008, VIII, 489-490.

⁸ “El servicio de la cultura es atribución esencial del Estado y lo prestará mediante instituciones educativas enlazadas por el sistema de la escuela unificada. La enseñanza primaria será gratuita y obligatoria. [...] La República legislará en el sentido de facilitar a los españoles económicamente necesitados el acceso a todos los grados de enseñanza, a fin de que no se halle condicionado más que por la aptitud y la vocación. [...] La enseñanza será laica, hará del trabajo el eje de su actividad metodológica y se inspirará en ideales de solidaridad humana”.

do, en primer lugar, en la comprensión del valor pedagógico de unos de sus más importantes planteamientos en relación con la antropología, la ética y la sociología. De hecho, ya durante la época de su dirección de la *Revista de Pedagogía*, Luzuriaga estaba convencido de que el filósofo madrileño, por sus ideas en materia educativa, tenía que ser colocado dentro del movimiento de la Escuela Nueva, de la cual se podía considerar como uno de los más significativos teóricos, cuya propuesta estaba en continuidad con la reforma educativa de Demolins y el proyecto de la Escuela de Chicago realizado por Dewey⁹. A partir de estas premisas, no solo hay una sistemática valoración de la obra de Ortega con respecto al ámbito educativo, sino que Luzuriaga se sirvió de ella para desarrollar de forma autónoma su pedagogía. Como punto de partida de su propia reflexión, él situó el concepto de razón vital. De esta manera, utilizando uno de los aspectos más importantes de la antropología orteguiana, Luzuriaga subrayó la necesidad de la educación activa como instrumento para lograr el desarrollo de la personalidad individual¹⁰.

A partir de estas premisas se levanta además una mirada teórica que tiene también importantes repercusiones desde el punto de vista práctico, en cuanto el concepto de educación integral que se presenta en la obra de Ortega constituiría, para Luzuriaga, el punto de partida para defender la tesis de una necesaria reforma no solo de la escuela sino de la integridad del entorno que forja el carácter y la personalidad del alumno, o sea la sociedad. Se necesitaría por lo tanto, según Luzuriaga, de una reforma democrática y humanista. Desde luego, según Luzuriaga, la integración del individuo dentro de la sociedad es un quehacer esencial de la educación, la cual tiene que atender a la integridad

⁹ Para Luzuriaga, Ortega es el representante de la tercera etapa de la nueva educación, inaugurada por Spencer y su utilitarismo de la cultura al servicio del alumno y continuado por Dewey y su idea de una escuela como aprendizaje para la vida. De hecho, después de estas dos primeras épocas: "Aparece un tercer estadio, que es el actual, y que podemos llamar propiamente vitalista. Éste se dirige ante todo a la vida misma del niño, a su energía vital, que quiere exaltar y fomentar en todas sus manifestaciones; pero sobre todo en su forma más elemental y originaria", Lorenzo LUZURIAGA, *Concepto y desarrollo de la nueva educación*. Madrid: Publicaciones de la Revista de Pedagogía, 1928, p. 25. A esta afirmación sigue una larga cita del texto de Ortega "Pedagogía y Biología".

¹⁰ Lorenzo LUZURIAGA, *Ideas pedagógicas del siglo XX*. Buenos Aires: Editorial Nova, 1954, pp. 41-42: "La filosofía de Ortega puede sintetizarse en la idea de la razón vital. Frente a la razón pura Ortega afirma el primado de la razón vital, la realidad radical del hombre es su vida, nuestra vida, entendiéndolo por esta no la biológica, irracional, sino la que cada hombre tiene que hacerse; la vida es quehacer, programa de acción, fabricación propia. En este sentido, la educación tendría que ser el medio para favorecer la construcción de la propia vida, del plan que cada uno ha de realizar en cada momento a lo largo de su existencia. La educación no es para él pues intelectualista, sino más bien vital, integral".

del hombre y, por lo tanto, no solo a sus condiciones espirituales sino también a su situación material. A partir de la reflexión orteguiana, Luzuriaga concibe la necesidad de una más amplia reforma social, un plan de intervención política a través de la educación que intentará juntar los principios ideales a un esquema de intervención concreta para la mejora del sistema educativo y de la sociedad.

Los escritos del periodo del exilio de Lorenzo Luzuriaga, a pesar de la evidente continuidad que califica toda su obra, se sitúan desde luego dentro de un contexto histórico radicalmente distinto al de su juventud, y por lo tanto las mismas preocupaciones pedagógicas que siempre habían animado su reflexión cambian y se desarrollan en muy estrecha relación con esta tan relevante variación de su circunstancia. En particular, a partir de unas de sus ideas estables —como la importancia de la educación pública, activa y única como medio del desarrollo de la personalidad y de la colectividad— se plantean en *La educación de nuestro tiempo*, como en otros escritos pertenecientes a este último periodo, nuevos problemas relacionados con la metamorfosis que se produjo después de la II Guerra Mundial a nivel global dentro del ámbito educativo. En particular, los dramas y las violencias que caracterizaron el enfrentamiento bélico determinaron la difusa percepción de una sustancial derrota de la pedagogía como medio de humanización y, a partir de esta consideración, se cuestionó la capacidad de la educación de ser un instrumento eficaz en favor de la mejora de la moralidad y de la justicia social. Frente a esta situación, un educador por vocación y un infatigable renovador como Lorenzo Luzuriaga no podía más que oponerse, manteniendo la más firme convicción de que en contra de esta visión pesimista había la posibilidad de trazar un nuevo ideal de humanidad. Este podía establecerse a partir de la contribución filosófica de Ortega, de la apología, presente en toda su obra, de la vida y de la responsabilidad personal, de la eticidad que brota de la constante futurización de la existencia humana¹¹. En palabras del mismo Luzuriaga:

Si como dice Ortega, la vida es ante todo autorealización, autofabricación, la educación tiene que facilitar a cada ser la realización de su vida propia, proporcionándole los medios para ello, y a tal finalidad tiene que contribuir la cultura. Por lo tanto ni vitalismo, ni culturalismo, sino humanismo, que une en la educación ambos términos en una totalidad indivisa¹².

¹¹ Sobre esta cuestión fundamental en el pensamiento de Ortega y de Marías véase en particular el ensayo de Marcos Alonso Fernández, “El problema de la futurización en Ortega y Marías”, *Revista de Estudios Orteguianos*, 29 (2014), pp. 155-179.

¹² Lorenzo LUZURIAGA, *La educación de nuestro tiempo* (1957). Buenos Aires: Losada, 1961, p. 37.

El uso de la obra de Ortega tiene el propósito de defender una concepción de la educación como parte integral del desarrollo de la personalidad y de la realización del proyecto de vida de cada cual. Según Luzuriaga, este renovado ideal humanista necesitaba para su realización del apoyo sustancial de una honda reforma educativa. De aquí que, acorde a sus muy tempranas tesis sobre el valor positivo que la educación tiene en el desarrollo espiritual y material de la sociedad, en esta obra Luzuriaga identifica, en los principios de la escuela nueva y de la escuela activa, los instrumentos capaces de sustentar esta reforma de la educación, cuya característica más importante había de ser su naturaleza auténticamente democrática, en el doble sentido de educación para la democracia y de democratización de los métodos de enseñanza. La historia de la educación activa en el siglo XX representaba, según Luzuriaga, una historia de luchas y logros a favor de la humanización, la cual poseía un carácter ejemplar también para la actualidad de la segunda posguerra.

Ortega y Gasset: el profesor y el reformador

El núcleo de las preocupaciones de Lorenzo Luzuriaga durante el último periodo de su producción intelectual se caracteriza por la voluntad de ensalzar el papel de la educación activa, entendida como instrumento de mejora social y de renovación política y como medio capaz de contribuir a la construcción de un nuevo ideal de humanidad a la altura de los tiempos. Se trata de un encomio que subraya tanto los éxitos conseguidos a lo largo de su historia como la vigencia de sus principios teóricos, y que es animado por la convicción de que, a pesar de que la difusión de la cultura volviera a ser considerada como una tarea fundamental en la construcción de una sociedad más justa, la atención que a nivel internacional se prestaba a la herencia de la escuela nueva era demasiado escasa. Dentro de esta reflexión, la presencia de Ortega no es casual y juega un papel fundamental en el diseño general de Luzuriaga.

Esto se evidencia en el primer escrito que se presenta a continuación. Se trata de un breve capítulo, el último, de *La educación de nuestro tiempo*. A modo de conclusión de un sucinto pero intenso itinerario acerca de los problemas más urgentes que la nueva educación global de la segunda posguerra tenía que afrontar, Luzuriaga ofrece una descripción de lo que para él constituye el ejemplo del docente ideal, y lo hace a través de su recuerdo personal e íntimo del magisterio de Ortega. La presentación de las características que el docente tendría que tener para ser un auténtico educador es de fundamental importancia en la perspectiva de Luzuriaga, ya que: “De todos los factores que intervienen en la educación, el más importante es, sin duda, el educador”¹³. La

¹³ *Ibidem*, p. 147.

necesaria renovación de la educación no puede pasar, según el pedagogo de Valdepeñas, solo por una reforma del currículum, de los planes de estudios o de las mismas instituciones escolares, sino que tiene que tomar en cuenta en primer lugar la personalidad del educador, su actitud y su capacidad de ser un ejemplo para sus alumnos. Así que, si una de las características principales de la escuela nueva es el enfoque hacia el educando, esto no quiere decir que el educador quede al margen del proceso pedagógico: lo que tiene que valorarse es siempre la dimensión humana y vital de la educación, que junto con la transmisión de la pasión para el conocimiento, con el *amor intellectualis*, es el contenido principal que se tiene que transmitir dentro del aula.

Sin embargo, la relevancia de la escuela nueva no queda reducida tan solo a una práctica educativa que se consuma únicamente dentro de las paredes de las escuelas, sino que vive en estrecha conexión con el entorno social que la sustenta y que, al mismo tiempo, contribuye a modificar. La reforma de la sociedad fue una preocupación firme a lo largo de toda la vida de Lorenzo Luzuriaga, y la misma se traslada a la hora de ofrecer una interpretación global de la vida de Ortega en su ensayo titulado “Las fundaciones de Ortega y Gasset”, el segundo escrito que aquí se presenta. Se trata de un texto muy significativo y clásico en el más profundo sentido de la palabra, no solo porque constituye el recuerdo apasionado de un gran intelectual y amigo de Ortega, sino también porque representa el intento de sistematizar el pensamiento del filósofo ofreciendo una mirada particular, original y fecunda sobre su pensamiento general. En este escrito, Luzuriaga recalca una vez más la centralidad que a lo largo de toda la vida de Ortega tuvo la voluntad de reformar la vida cultural española a través de una inagotable labor educativa, tal vez utópica, pero siempre fiel a su más auténtica vocación docente. Una actitud que demuestra la capacidad de Ortega de ser, además de un fecundo pensador, también un eficaz organizador de muchas empresas culturales, ocho según Luzuriaga, las cuales determinaron cambios muy significativos dentro del ambiente intelectual español.

LORENZO LUZURIAGA

El profesor Ortega y Gasset

Una de las facetas más interesantes de la rica personalidad de don José Ortega y Gasset ha sido sin duda su actuación como profesor, como orientador e inspirador de varias generaciones de estudiantes y profesores repartidos hoy por todo el mundo. Mas para comprender su cabal significación, hay que tener en cuenta la situación en que se hallaban la cultura y la universidad españolas antes de 1908, en que comienza su labor docente. A pesar de los esfuerzos de la “generación del 98” (Baroja, Azorín, Maeztu, Valle Inclán) y a pesar de los trabajos de hombres de la talla de D. Francisco Giner de los Ríos, D. Santiago Ramón y Cajal, D. Miguel de Unamuno y D. Ramón Menéndez Pidal, esa cultura y esa universidad se hallaban en una situación lamentable. Los maestros citados constituían una pequeñísima minoría, sin resonancia apenas en la vida española, y menos en la oficial y docente. No se realizaban en ella investigaciones científicas; la universidad estaba reducida a la mera preparación para los exámenes; los profesores no se preocupaban de sus clases; los alumnos no estudiaban más que los libros de textos prescritos; no existía la menor vida corporativa, y el nivel de la enseñanza no podía ser más bajo.

Las cosas comenzaron a cambiar cuando, por inspiración de los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, se concedieron a profesores y aspirantes al profesorado becas para realizar estudios en el extranjero. Uno de los primeros en obtenerlas fue Ortega, quien en 1905 se encaminó a Alemania, donde

trabajó durante dos años con los filósofos neokantianos Cohen y Natorp en la Universidad de Marburgo. Pronto le siguieron otros, que en poco tiempo transformaron la cultura y la enseñanza española. Sin embargo, Ortega fue desde el primer momento el que más contribuyó a esta elevación en el campo de la filosofía y de las ciencias del espíritu.

Hay que advertir, sin embargo, que Ortega nunca quiso ocupar ningún cargo en la vida oficial o académica, que no fuera el de profesor. Pero su influencia en la vida universitaria fue enorme tanto por sus enseñanzas, como por su actividad en los últimos años a través de su colega, y en cierto modo continuador, Manuel García Morente, que cambió radicalmente el rumbo de la vida universitaria en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, cuando fue su decano en los años de la República española.

He tenido el privilegio y la fortuna de ser uno de los primeros alumnos de Ortega. Renunciando éste a todas las posibilidades de ocupar un puesto elevado en la vida social y política españolas que le ofrecían su talento y sus relaciones (era hijo del director del periódico más importante de España y sobrino de uno de los ministros más influyentes), a la vuelta de su primer viaje a Alemania quiso ser únicamente profesor. En 1908 se había creado en Madrid una Escuela Superior del Magisterio, transformada después en una Sección de la Facultad de Filosofía y Letras, y destinada a la formación de profesores e inspectores de enseñanza. En ella se instituyó una cátedra de Filosofía, y Ortega se presentó al correspondiente concurso, siendo elegido por unanimidad para ella, a pesar de ciertas resistencias. Sus alumnos éramos bachilleres y maestros seleccionados mediante una rigurosa oposición a un número determinado de plazas. Entre los de la primera promoción figuraron María de Maeztu, Gloria Giner de los Ríos, María Luisa Navarro y el que escribe estas líneas.

Las clases de Ortega fueron desde el primer momento las que más interés nos despertaron, no obstante la dificultad de los temas y su inexperiencia pedagógica. Leíamos y comentábamos textos clásicos como la *Crítica de la razón pura* de Kant y el *Teetetos* de Platón. A pesar de la complejidad de los textos estudiados, la claridad de la interpretación de Ortega nos los hacía comprensibles.

A los dos años de su actuación en la Escuela hizo oposiciones a la cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid, que había quedado vacante por el fallecimiento del eminente pensador y político español D. Nicolás Salmerón, y que también ganó sin dificultad. Pero antes de desempeñarla volvió a Alemania a continuar sus estudios. A su regreso continuó su labor docente hasta 1936, y por su cátedra ha pasado la mayor parte de los que se ocupan de filosofía en España y aún los que nos dedicamos a otras materias. Sus clases fueron un modelo de lucidez y de saber. A ellas acudían personas de las más diversas procedencias sociales y culturales. Con su gesto adusto hacía pocas concesiones a la

facilidad y la flojera mental, manteniendo la atención del auditorio, obligándole a ponerse a su nivel, en vez de descender al de aquél. En los últimos años, su actividad universitaria se concentró en los trabajos de seminario, en los que expuso sus ideas filosóficas más originales a un grupo reducido de alumnos y profesores, que seguramente las llevarán pronto a sus escritos si no las ha dejado redactadas el maestro.

En la vida universitaria de Ortega hay que destacar dos episodios no muy difundidos ahora y que ponen de manifiesto la entereza de su carácter y su espíritu liberal e independiente. Cuando la Universidad española fue avasallada por la dictadura de Primo de Rivera, Ortega protestó contra tal atropello, renunció a su cátedra de la Universidad, y en esta situación quedó, no obstante, lo magro de sus ingresos, hasta la caída de la dictadura. El otro episodio es más reciente. En 1936, al declararse la guerra civil en España, tuvo que salir de allí por su deficiente estado de salud, que le tuvo en París, a las puertas de la muerte. A la vuelta de su exilio no quiso ocupar la cátedra que le pertenecía, y así llegó la hora de su jubilación, sin querer hacer valer sus derechos a ésta ni a aquélla. En cambio, fundó un Instituto de Humanidades, sostenido exclusivamente con las cuotas de sus alumnos, que tuvo un éxito extraordinario, pero que tampoco quiso proseguir en vista de las circunstancias actuales. A la hora de su muerte, su figura intelectual y moral se ha destacado como nunca en el horizonte de la cultura española, y los estudiantes universitarios madrileños que no pudieron ser sus alumnos, así le han reconocido en el homenaje que le tributaron con palabras tan expresivas como conmovedoras.

La educación de nuestro tiempo (1957).

Buenos Aires: Losada, 1961, pp. 161-164.

Las fundaciones de Ortega y Gasset

Estas palabras mías aspiran sólo a rendir un homenaje de respeto a la memoria de mi maestro y amigo de toda la vida, José Ortega y Gasset. He tenido, en efecto, la fortuna de ser uno de los primeros alumnos suyos cuando empezó su labor docente en la cátedra de Filosofía de la Escuela Superior del Magisterio, allá en 1908. Desde entonces, he permanecido en relación intelectual y amistosa con él, hasta que el exilio nos separó en 1936,

aunque pude volver a verle ocasionalmente más tarde. Pero su persona y sus ideas han estado siempre presentes en mí, como sin duda ha ocurrido a todos los que tuvimos el privilegio de conocerle y tratarle.

La vida de Ortega ha estado inspirada por dos preocupaciones esenciales: la suerte de España y su labor intelectual. Aunque poco amante de la política, Ortega tuvo que intervenir en ella toda su vida con su actuación y sus ideas, por su patriotismo y por las difíciles circunstancias españolas. Pero su esencial característica fue siempre su *amor intelectualis*, su pasión por las ideas, que esparció por todos sus escritos y que son hoy tan actuales como cuando fueron concebidas.

Ortega reunía en sí condiciones difíciles de encontrar reunidas en una persona: fue pensador, escritor, orador y profesor, todo de modo eminente. Pero su actuación no se agotaba en la pura intelectualidad, sino que, como Santa Teresa, realizó también sus “fundaciones”. Éstas fueron de índole muy diversa: culturales, sociales, políticas, editoriales y periodísticas, y con ellas renovó profundamente la vida española en toda su extensión. Después de don Francisco Giner de los Ríos no ha habido nadie en España que ha realizado una labor de reconstrucción espiritual semejante.

En forma sucinta, por falta de tiempo, voy a enumerar sus “fundaciones” más importantes, valiéndome siempre que me ha sido posible de sus propias palabras. En las circunstancias en que me encuentro me ha sido difícil, y a veces imposible, recoger todos los datos necesarios y he debido suplirlos con mis recuerdos personales y con los textos que he tenido a mano.

La Liga de Educación Política Española

Los primeros años de nuestro siglo constituyen uno de los períodos más difíciles de la historia de España. Liquidadas desastrosamente las guerras coloniales y con los Estados Unidos, surgen en seguida las luchas en Marruecos, la desmoralización de los partidos políticos y la intensificación de los problemas sociales. Es un período de descomposición nacional.

En estos momentos interviene por primera vez Ortega en la vida política española, a su vuelta de Alemania, primero con diversos artículos y conferencias censurando acremente la política al uso y después, en 1914, con una labor más constructiva, con la fundación de la “Liga de Educación Política Española”.

En el prospecto que anunciaba su creación, formulaba así sus fines: “Reunidos en una agrupación de enérgica solidaridad que lleva este nombre, pensamos unos cuantos españoles emprender una serie de trabajos destinados a investigar la realidad de la vida patria, a proponer soluciones eficaces y minucio-

samente tratadas para los problemas añejos de nuestra historia, a defender, por medio de una crítica atenta y sin compromisos, cuanto va surgiendo en nuestro país con caracteres de aspirante vitalidad contra las asechanzas que mueven en derredor todas las cosas muertas o moribundas". No se trataba, pues, de formar un partido político, sino de construir una amplia concentración de personas de buena voluntad que desearan el mejoramiento de la vida social y política española, a la vez que realizaran la educación política de las masas.

"La obra característica de nuestra Asociación —dice el prospecto— ha de ser el estudio al detalle de la vida española y la articulación al pormenor de la sociedad patria con la propaganda, con la crítica, con la defensa, con la protesta y con el fomento inmediato de órganos educativos, económicos, técnicos, etc.". Aunque no de modo director, la *Liga* estuvo sin duda inspirada en cierto modo por otra institución inglesa, la *Sociedad Fabiana*, fundada por los Webb y Bernard Shaw el pasado siglo. Con ella tenía de común el estudio concreto de los problemas nacionales y sociales, pero se diferenciaba de ella en que no tenía color partidista y en que no se limitaba sólo al estudio, sino que propugnaba también la intervención directa en la política por medio del periódico, el mitin, la conferencia y la acción personal.

Organizado por la *Liga*, Ortega pronunció su célebre conferencia sobre *Vieja y nueva política* en el teatro de la Comedia, de Madrid, el 23 de marzo de 1914, ante un auditorio que reunía a lo más selecto de la vida intelectual y social española. En esta conferencia quedó herida de muerte la política tradicional, la vieja política española, vacua de ideas, de moralidad y de técnica, formada de pura retórica y de pésimos hábitos políticos. En su conferencia, Ortega oponía la España oficial y la España vital; la primera obstinándose en "prolongar los gestos de una edad fenecida", y la segunda, "aspirante, germinal tal vez no muy fuerte, pero vital, sincera, honrada, la cual, estorbada por la otra, no acierta a entrar de lleno en la historia".

Y después de analizar la situación española, sus problemas y necesidades, terminaba diciendo: "Liberalismo y nacionalización propondría yo como lemas a nuestro movimiento [...]. Nacionalización del clero, nacionalización del obrero [...]". Mas para aclarar el sentido de esta nacionalización, que pudiera dar lugar a equívocos, Ortega afirma que no tiene nada que ver con el deseo de imperar de otras naciones: "Nuestra pretensión es muy distinta —dice—, nos avergonzaríamos tanto de querer una España imperante como de no querer una España en buena salud, nada más que una España vertebrada y en pie".

La conferencia tuvo una resonancia extraordinaria, y dio lugar a diversos movimientos sociales, estudiantiles y profesionales. Pero cuando el movimiento comenzaba a organizarse debidamente sobrevino la guerra de agosto de 1914, que trastornó la política y la vida de todo el mundo y no dejó en España espacio suficiente para movimientos de esta índole. Pero las ideas inspiradoras

de la *Liga* y de la conferencia quedaron en pie, mientras que las instituciones oficiales continuaban desmoronándose.

La revista *España*

Ortega no desistió, sin embargo, de su actuación político-social, sino que, con el mismo fin de renovación y regeneración de la vida nacional, fundó en 1915 la *Revista España, Semanario de la Vida Nacional*, que alcanzó una autoridad extraordinaria en la vida pública y cultural durante el tiempo que él la inspiró. En ella colaboraron las más distinguidas personalidades de las letras españolas, como Baroja, Azorín, Antonio Machado, Pérez de Ayala, Ramiro de Maeztu, Eugenio d'Ors, Luis de Zulueta, Martínez Sierra, junto a otros más jóvenes, como Díez Canedo, Juan del Encina, Adolfo Salazar y el que escribe estas líneas. La Revista apareció ilustrada con las caricaturas del gran dibujante Bagaría. [...] La Revista tuvo una acogida muy favorable; pero, desgraciadamente, los apasionamientos producidos por la primera guerra mundial hicieron que Ortega se apartase de la Revista al año de su fundación, y con él, sus más íntimos colaboradores. La Revista cayó en otras manos y se convirtió en un órgano partidista, alejada del espíritu nacional que Ortega había querido darle. Sin embargo, la labor de su primera época fue de gran trascendencia, sirviendo de orientación para empresas de mayor envergadura.

El Espectador

Desengañado Ortega de la acción colectiva, pero no queriendo renunciar a su labor intelectual y social, fundó en 1916 una publicación unipersonal, *El Espectador*, en la que aparecieron algunos de sus más interesantes ensayos. La publicación debía ser periódica, bimestral; pero diversas circunstancias hicieron que fuera muy irregular su aparición. Sus ocho volúmenes constituyen una de las fuentes más importante para el conocimiento de la ideología de Ortega.

En el primer volumen, aparecido en febrero-marzo de 1916, expresaba así Ortega sus propósitos: “La vida española nos obliga, queramos o no, a la acción política. El inmediato porvenir, tiempo de sociales hervores, nos forzará a ello con mayor violencia. Precisamente por eso necesito acotar una parte de mí mismo para la contemplación. Y esto que me acontece, acontece a todos. Desde hace medio siglo, en España y fuera de España, la política —es decir, la supeditación de la teoría a la utilidad— ha invalidado por completo el espíritu. La expresión extrema de ello puede hallarse en esa filosofía pragmática que descubre la esencia de la verdad, de lo teórico por excelencia, en la práctica,

en lo útil. De tal suerte, queda reducido el pensamiento a la operación de buscar buenos medios para los fines, sin preocuparse de éstos. He ahí la política: pensar utilitario. La pasada centuria se ha afanado exclusivamente en allegar instrumentos: ha sido una cultura de medios. La guerra ha sorprendido al europeo sin nociones claras sobre las cuestiones últimas, aquéllas que sólo pueden aclarar un pensamiento puro e inútil. Nada más natural que, reaccionando contra ese exclusivismo, postulemos ahora frente a una cultura de medios una cultura de postrimerías”.

Y más adelante advierte: “*El Espectador* tiene, en consecuencia, una primera intención: elevar un reducto contra la política para mí y para los que comparten mi voluntad de pura visión, de teoría. El escritor, para condensar su esfuerzo, necesita de un público, como el licor de la copa en que se vierte. Por esto es *El Espectador* la conmovida apelación a un público amigo de mirar, de lectores a quienes interesan las cosas aparte de sus consecuencias, cualesquiera que ellas sean, morales inclusive [...]. A hombres y mujeres de tan rara índole se dirige *El Espectador*, que es un libro escrito en voz baja”.

No podemos reproducir aquí el índice del rico contenido de los ocho volúmenes de *El Espectador* que aparece reproducido en el volumen II de sus *Obras Completas*. Baste recordar sus escritos filosóficos sobre Kant y Hegel, sus artículos sobre Azorín, Baroja, Anatole France y Proust, sobre temas de biología y pedagogía, sobre vitalidad, alma y espíritu, sobre los paisajes españoles, sobre la política y la guerra y sobre multitud de otros temas literarios y artísticos de gran penetración y belleza.

El diario *El Sol*

Las circunstancias impidieron que Ortega se alejara de la vida política española. Con motivo de la sublevación de un grupo de militares españoles, que formaron unas Juntas de defensa contra las irregularidades del Gobierno, Ortega escribió, en junio de 1917, en el periódico de su familia, *El Imparcial*, un artículo titulado *Bajo el arco en ruinas*, que tuvo una repercusión enorme. En él se pedía la convocatoria de Cortes Constituyentes, ya que se había roto la legalidad básica española. Así decía: “nada eficazmente constitucional, nada con plenitud de autoridad puede hacer una Constitución tajada de arriba abajo. Sólo hay una solución: reconstruir la Constitución. Para ello sería necesario un poder transitorio más amplio que los existentes desde 31 de Mayo. En un abrazo fraterno, renovador, volvería al seno de la ley aquel órgano de la vida española que está fuera de ella. Dicho de otro modo: Cortes Constituyentes”.

Ante tal actitud, los viejos políticos españoles ejercieron tal presión sobre los propietarios del diario, que Ortega se vio obligado a interrumpir su colabora-

ción en él. Entonces, el ilustre ingeniero don Nicolás María de Urgoiti, que estaba haciendo gestiones para adquirirlo, las suspendió y fundó en diciembre de 1917 el diario *El Sol*, del que Ortega fue el principal inspirador, y que llegó a alcanzar una autoridad extraordinaria. En un artículo de su primer número decía, entre otras cosas, Ortega: “Por primera vez aparece mi nombre en este periódico, cuyas columnas espero frecuentar. Ya que no puedo otra cosa, quisiera verter en sus moldes mis esperanzas españolas. Lector, he de hablarte a menudo desde *El Sol* sobre cosas políticas de la tierra, y muy especialmente todavía sobre cosas políticas de la tierra de España. El título de este periódico significa ante todo un deseo de ver las cosas claras. Frente a cualquier hecho o problema equivale, pues, a un imperativo de mayor claridad y a una apreciación que del crepúsculo hacemos al mediodía”. [...]

Ortega escribió con mucha frecuencia en el diario. Unas veces con artículos firmados, otras sin firmar y otras, muy a menudo, inspirando sus editoriales sobre los problemas del momento. Pero lo más interesante es que en *El Sol* aparecieron, en forma de folletos, algunas de las obras más importantes de Ortega, como *España invertebrada* y su famosa *Rebelión de las masas*.

En el periódico se publicaba cada día una página especial dedicada a diversas materias: historia, crítica literaria, medicina y biología, agricultura, pedagogía e instrucción pública, a cargo de diversos especialistas. Yo tuve el honor de ser el redactor de esta última. Técnicamente, el diario supuso un enorme progreso sobre la prensa española, tanto por sus informaciones y colaboraciones como por su tipografía. Tenía, naturalmente, una orientación liberal y democrática, y como tal, estuvo durante la guerra al lado de los aliados.

El Sol llegó a ejercer una influencia extraordinaria sobre la vida cultural y política española, hasta el punto de que sus fundadores no pudieron resistir la nueva presión de los elementos capitalistas y conservadores y tuvieron que traspasarlo a éstos, los cuales, a su vez, lo pusieron en manos subalternas y obsecuentes. Sin embargo, la idea no estaba perdida y volvió a surgir con sus mismos redactores en otras publicaciones periódicas, que, aunque de menor formato, siguieron ejerciendo gran influencia en la política hispánica.

La editorial Calpe

El mismo benemérito fundador de *El Sol*, don Nicolás María de Urgoiti, creó en 1920, bajo la dirección intelectual de Ortega, una importante casa editorial, *Calpe*, llamada después *Espasa Calpe*, por la adquisición de la Editorial Espasa, editora a su vez de la conocida enciclopedia del mismo nombre. La Editorial Calpe se organizó sobre una amplia base económica y técnica, y en ella se publicaron diversas colecciones científicas y literarias de gran valor. Una de

ellas fue la *Biblioteca de Ideas del Siglo XX*, dirigida personalmente por Ortega y en la que aparecieron algunas de las obras más importantes de la época, como la *Decadencia de Occidente*, de Spengler; *Ciencia natural y ciencia cultural*, de Rickert; *Teoría de la relatividad de Einstein*, de Max Born, e *Ideas para una concepción biológica del mundo*, de von Uexküll, todas con prólogos del mismo Ortega. [...] La Biblioteca tuvo el éxito de todos conocido. En la Editorial aparecieron otras importantes colecciones, como la Colección Universal, dirigida por Manuel G. Morente, y otras de medicina, agricultura, literatura, pedagogía, etc. Tuve la fortuna de ser su primer secretario técnico y director de una de sus colecciones. Calpe significó el punto de partida de la renovación editorial de España, aunque después tomara rumbos distintos al abandonarla sus fundadores.

La Revista de Occidente

Pero sin duda la fundación cultural más importante y genuina de Ortega fue la de su famosa *Revista de Occidente*, creada en 1923. Antes habían existido en España revistas intelectuales de valía, como *La España Moderna* y *La Lectura*, aparte de las puramente literarias. Pero de ellas, unas habían desaparecido y otras se hallaban en decadencia. Ortega quiso llevar a la cultura española, en forma periódica, las ideas más importantes suyas y de los pensadores más eminentes de Europa y América y con este fin fundó la Revista, ayudado económicamente por algunos amigos suyos. [...]

En la Revista colaboraron los más importantes pensadores europeos, entre los que se contaban Einstein, Bergson, Husserl, Simmel, Scheler y Worringer, así como los más destacados intelectuales españoles. Una de las características de la Revista fue el espacio que concedió a los nuevos escritores, como García Lorca, Salinas, Guillén, Jarnés, Espina, etcétera, muchos de los cuales fueron consagrados por ella. Su secretario de redacción fue Fernando Vela, colaborador de toda la vida con Ortega. Su presentación tipográfica fue esmeradísima y tuvo una difusión grande en España y América.

Otra de las características de la Revista fue la tertulia diaria, presidida por Ortega, y a la que asistían, a más de los colaboradores y amigos, las personalidades extranjeras más interesantes que pasaban por Madrid. Ortega siempre amó este género de reuniones en las que muchas veces exponía sus opiniones y sus ideas, antes de ser escritas.

La Revista terminó su existencia con la guerra española; terminada ésta no ha sido posible su reanudación por las actuales circunstancias. Complemento de la *Revista de Occidente* han sido sus valiosas publicaciones, en las que han aparecido las obras más famosas de nuestro tiempo, coincidiendo con el gran esplendor que alcanzó la cultura europea entre las dos guerras mundiales, y que son conocidas en toda América.

La Agrupación al Servicio de la República

En 1930 sufre una crisis profunda la política española con la caída de la dictadura de Primo de Rivera. En el movimiento de oposición a aquélla ya se había distinguido Ortega con sus escritos y con la renuncia a su cátedra de la Universidad de Madrid, por solidaridad con don Miguel de Unamuno, atropellado por la Dictadura, cátedra que no volvió a desempeñar hasta la caída de ésta. Pero su protesta mayor contra la situación política de la época fue su artículo publicado en noviembre de 1930, que terminaba con su famosa frase “*Delenda est Monarchia*”, y que contribuyó grandemente a la caída de ésta.

Por entonces se había desarrollado ya un movimiento republicano encabezado por varios políticos que venían conspirando y que representaba distintas orientaciones, desde la católica a la socialista. Ortega, poco amigo de las revoluciones, no se sumó a este movimiento, sino que constituyó, con Marañón y Pérez de Ayala, una *Agrupación al Servicio de la República*, cuya finalidad era, según su manifiesto de febrero de 1931: “Movilizar a todos los españoles de oficio intelectual para que formen un copioso contingente de propagandistas y defensores de la República española. Llamaremos a todo el profesorado y magisterio, a los escritores y artistas, a los médicos, ingenieros, arquitectos y técnicos de toda clase, a los abogados, notarios y demás hombres de ley. Muy especialmente necesitamos la colaboración de la juventud. Tratándose de decidir el futuro de España, es imprescindible la presencia activa y sincera de una generación en cuya sangre fermenta la sustancia del porvenir. De corazón ampliaríamos a los sacerdotes y religiosos este llamamiento que, a fuer de nacional preferiría no excluir a nadie; pero nos cohibe la presunción de que nuestras personas carecen de influjo suficiente sobre esas respetables personas sociales. La República será el símbolo de que los españoles se han resuelto por fin a tomar briosamente en sus manos propias su propio e intransferible destino”.

El llamamiento tuvo una acogida muy favorable en los medios intelectuales y profesionales españoles, y la Agrupación quedó constituida, comenzando sus actividades en diversas regiones de España, ya que su idea era que los grupos que se constituyeran actuaran autónomamente. Así, el de Segovia organizó un mitin el mismo mes de febrero, en el que además de sus fundadores habló el gran poeta Antonio Machado. En él dijo Ortega: “La palabra República significa para mí algo más que la eliminación de la monarquía: significa la reforma de las instituciones, el cambio completo de la anatomía española de manera que pueda entrar España a toda máquina en ese tiempo nuevo que plantea el planeta”. Como se ve, Ortega se sigue apartando de los viejos tópicos políticos

y continúa la trayectoria iniciada en 1914 con su *Liga de Educación Política*, y que en realidad es, como ya lo indica el nombre, más que política, educativa.

La Agrupación no constituyó un partido político, pero al proclamarse la República en la forma ejemplar que se hizo, sus miembros elegidos diputados a las Cortes Constituyentes formaron una minoría, presidida por Ortega. Éste tuvo que intervenir pronto en las discusiones de las Cortes, primero adhiriéndose a la obra del Gobierno, pero después criticando el rumbo que las Cortes tomaron. Sus discursos los recogió después, con algunos artículos, en su obra *Rectificación de la República*, título de la conferencia que pronunció en Madrid el 8 de diciembre de 1931 y que tuvo, como la del teatro de la Comedia de 1914, una repercusión extraordinaria.

En ella dijo entre otras cosas: “La ocasión es magnífica para hacer de España un pueblo de vida contenta y plenaria, respetado por todos los extraños. ¿No es una enorme pena que se desvirtúe esta ocasión, por dejar que triunfen las pequeñeces, las manías, las palabras huecas y, sobre todo, la angostura de visión histórica?” Y más adelante advierte: “Nació esta República nuestra en forma tan ejemplar, que produjo la respetuosa sorpresa de todo el mundo. Caso insólito y envidiable. Acontecía un cambio de régimen, no por manejos ni por golpes de mano, ni por subversiones parciales, sino de la manera inevitable, exuberante y sencilla, como brota la fruta en el frutal. Este modo, diríamos espontáneo, de nacer la República, nos garantiza que el grave cambio no era una ligereza, no era un capricho, no era un ataque histérico, ni era una anécdota, sino que había sido una necesidad profunda de la nación española, que se sentía forzada a sacudir de sobre sí el cuerpo extraño de la monarquía. Lo que no se comprende es que habiendo sobrevenido la República con tanta plenitud y tan poca discordia, sin apenas heridas, ni dolores, hayan bastado siete meses para que empiece a cundir por el país desazón, descontento, desánimo, en suma, tristeza. ¿Por qué nos han hecho una República triste y agria o, mejor dicho, por qué nos han hecho una vida agria y triste, bajo la constelación de una República naciente?”

Ortega intervino pocas veces en el Parlamento, y al cabo se retiró de él en vista de la inutilidad de sus esfuerzos. La Agrupación al Servicio de la República se disolvió, y parte de sus miembros se incorporaron a algunos partidos y otros se retiraron también de la política. Quizá hubiera sido otro el rumbo de la República y de España si hubiesen sido oídas las palabras de Ortega.

El Instituto de Humanidades

Después de la guerra española, durante la cual Ortega sufrió una grave enfermedad hallándose refugiado en Francia, vuelve a España. Pero no quiso reintegrarse a su cátedra oficial de la Universidad de Madrid, y deseando mantener el contacto con la enseñanza y la juventud españolas, fundó en 1948, con su discípulo Julián Marías, el *Instituto de Humanidades*, en el que sus clases tuvieron un éxito extraordinario, hasta el punto de tener que trasladarlas de local dos veces en busca de espacios más amplios.

En el programa del Instituto expone Ortega el concepto de las Humanidades en un estudio acabado. Refiriéndose concretamente a la finalidad del Instituto dice: “No nos dirigimos al público, no lo buscamos. Se trata de formar un grupo de colaboración completamente privado, que no pretende ejercer la menor influencia sobre la vida nacional, ni practicar proselitismo [...]. La mayor parte de los temas en que vamos a ocuparnos, por su propio carácter, excluyen automáticamente las grandes audiencias. Invitamos a unos cuantos para trabajar en un rincón. Mas, por otra parte, quisiéramos evitar a nuestro ajetreo toda facción, propia de las sociedades secretas que son características de dos momentos en la vida de los pueblos: aparecen en cierto estadio de su etapa primitiva, por tanto en la hora de su formación, y reaparecen en la hora de su disolución. De aquí que si bien no nos dirigimos al público, tampoco lo rehusamos amaneradamente”.

Estos recaudos, aparte de su significación pedagógica, tienen evidentemente en cuenta las circunstancias en que fueron pronunciados. Más adelante advierte el programa: “El Instituto no tiene designio docente. No se propone enseñar, sino aprender; aprender lo que no se enseña, porque nadie lo sabe aún. Pero no cabe duda que si logra existir y funcionar, esta porción del trabajo hecha a la vista de una discreta asistencia, tiene más valor didáctico que cualquier escuela. No hay como la presencia del pensamiento mismo haciéndose para suscitar vocaciones, alertar cabezas y hacerlas sacudir la chabacanería intelectual que hoy las corrompe”. [...]

En el Programa se indica después la organización de los cursos, que son dos en el año, cada uno de tres meses. Los estudios se dividen en tres formas de actuación: cursos, investigaciones y coloquios-discusiones. Los cursos anunciados son uno de Ortega sobre *Una nueva interpretación de la Historia universal* (Toynbee); otro de Emilio García Gómez sobre *La situación del arabismo en la filología clásica*, y otro de Julián Marías sobre *El método histórico de las generaciones*. Respecto a las investigaciones, se anuncian dos series de trabajos del mismo Ortega y otra de Marías, así como varios coloquios-discusiones.

Ésta fue la última “fundación” de Ortega, que terminó también por causa de las circunstancias del momento.

En todas sus fundaciones, Ortega no se limitaba a ser sólo el director u organizador, sino que ponía en ellas toda su alma y todas sus energías hasta llegar al agotamiento. Horas y horas dedicaba al trato con sus colaboradores y con gentes de la más diversa condición, jóvenes y viejos por igual, que iban a plantearle sus problemas intelectuales y sociales. En este sentido, recordaba a otro gran maestro de la cultura española, don Francisco Giner de los Ríos, que fue su predecesor en este ministerio de la palabra. Ortega ha sido, como éste, un modelo de generosidad y desprendimiento.

Su persona ha desaparecido del mundo de los vivos, pero sus ideas, sus actuaciones seguirán actuando en una forma u otra en todos los países de lengua española, y aun en los de otros idiomas.

Homenaje a Ortega y Gasset.
Juan D. García Bacca (ed.)

Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1958, pp. 33-50.